

JAIME GUZMAN

## Fuerzas armadas y transición política



En sendas entrevistas de prensa, dos dirigentes demócratacristianos han vertido recientes afirmaciones que estimo inquietantes.

De un lado, Juan Hamilton sostiene que el actual Presidente de la República "no va a conducir jamás al país a la democracia", entre otras cosas, porque él "participó en la destrucción de la democracia en 1973".

Por su parte, Genaro Arriagada reitera que la Democracia Cristiana "considera la necesidad de que el Partido Comunista sea reconocido legalmente, porque forma parte de la sociedad chilena".

Digo que el conjunto de los dos asertos transcritos me parece preocupante, porque no logro conciliarlos con el más mínimo realismo frente al hecho — que esos mismos dirigentes políticos reconocen — de que una transición pacífica hacia la democracia en Chile requerirá indispensablemente del concurso de nuestras fuerzas armadas y de orden.

En efecto, con motivo de la reciente efeméride de las glorias del ejército, tanto el Presidente Pinochet como los otros comandantes en jefe de las distintas ramas de nuestras fuerzas armadas reafirmaron que el 11 de septiembre de 1973 se encuentra ya incorporado a esas glorias militares que se celebran cada 19 de septiembre.

Nuestros hombres de armas entienden que en 1973 ellos actuaron institucionalmente, bajo sus legítimos mandos y a requerimiento de una abrumadora mayoría ciudadana, para impedir que se consumara la inminente implantación irreversible de un régimen marxista-leninista en Chile, que hubiese convertido a nuestra patria en uno más de los numerosos países satelizados por la Unión Soviética.

Bajo la forma de una guerra civil larvada, se escondía el intento de enajenar la soberanía de Chile conforme a la "doctrina Brejnev", a la cual el Partido Comunista chileno adhería y adhiere

oficialmente.

Resulta explicable, entonces, que nuestros institutos armados inscriban la gesta de 1973 entre sus más señeras victorias, comparable a las de la guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana o de la guerra del Pacífico, ya que — sin los mismos rasgos bélicos de éstas — la acción militar del 11 de septiembre tuvo también por objetivo enfrentar la amenaza de un enemigo extranjero. Con el agravante de que, en esta última oportunidad, se trataba de un imperio de aspiraciones hegemónicas mundiales, que se nutre de una doctrina totalitaria reñida con los principios más esenciales del ser nacional.

Se comprende, asimismo, que nuestras fuerzas armadas y de orden estimen consustancial al sentido y destino de esa gesta libertadora de 1973, la exclusión del activismo marxista-leninista de nuestra vida cívica, no como medida persecutoria en el plano de las ideas, sino como resguardo ante la acción de un conglomerado que, lejos de ser propiamente un partido político chileno, constituye la seccional chilena del movimiento comunista internacional. Así lo acredita su sumiso e irrestricto vasallaje a las directivas y estrategias de Moscú, incluido su aplauso oficial a las invasiones soviéticas de Hungría, Checoslovaquia y Afganistán, que otros partidos marxistas del mundo han debido condenar públicamente.

Crear que se contaría con nuestras fuerzas armadas y de orden para una transición política que califique al 11 de septiembre de 1973 como un acto destructivo de nuestra democracia o que pretenda legalizar al Partido Comunista, me parece algo imposible de imaginar. Y pienso que dichos sentimientos castrenses interpretan hoy — además — a la gran mayoría de los chilenos, más allá de la postura que cada cual tenga frente a la gestión gubernativa de los últimos once años.

francas sobre el procedimiento."

### "Reacciones estimulantes"

Se fueron sucediendo los contactos. Como, por ejemplo, el encuentro con el canciller colombiano para darle solución al problema de los exiliados chilenos que permanecen en ese país. El tema ahora está en manos del Ministerio del Interior. Por de pronto, al ministro Del Valle le esperan en Nueva York más de veinte entrevistas: nuevas y "segundos capítulos".

"Yo creo — observa Mario Barros — que este año Chile tiene más entrevistas que antes."

—¿A qué lo atribuye?

—A que este año hay más países interesados en conversar con Chile.

—¿Por qué?

—Porque somos un proceso al que, si usted le saca la hojarasca de la lucha política, le está interesando a los gobiernos. China es un ejemplo. Viene otro viaje, probablemente en octubre, para cumplir con una invitación cursada por ese país al canciller Del Valle.

—¿Qué importancia tiene ese viaje para el país?

—Yo diría que tiene una importancia bastante grande — responde Barros —. En primer lugar, China es la tercera superpotencia mundial. Y luego, hay otra cosa relevante: son regímenes políticos totalmente distintos, lo que, en alguna forma, es un símbolo de lo que debiera ser la relación internacional. Los países pueden tener regímenes totalmente diferentes y pueden ser muy buenos amigos si se saben respetar sus realidades internas.

—Uno de los elementos novedosos de la política exterior chilena ha sido justamente el acercamiento a las naciones ribereñas de la cuenca del Pacífico. ¿Además de ésta, hay otras políticas nuevas en el plano de las relaciones chilenas hacia afuera que cobren importancia vital en este momento?

—En primer lugar, el reforzamiento del Pacífico sur, que tiene dos aspectos: uno es esa proyección a la cuenca del Pacífico a que usted alude; y, luego, el robustecimiento de la comisión del Pacífico sur, que es una política hacia el Pacífico, pero que involucra una fuerte integración sudamericana.

"La segunda política de novedad es la presencia chilena en dos áreas donde nunca habíamos explorado en forma armónica: una es el Medio Oriente y la otra es África, donde realmente estamos recibiendo reacciones sumamente estimulantes... Hay curiosidad, interés y respeto hacia Chile. A modo de ilustración, le cuento que de las entrevistas que va a sostener el canciller en la ONU, la mayor parte fueron pedidas por los propios países."

Andrea Orzegow ■